

UNA VUELTA AL PASADO (POR UNA VEZ)

Juan Carlos Sánchez González

Catedrático de Latín en el IES Rodrigo Caro.

Nolite existumare, maiores nostros armis rem publicam ex parua magnam fecisse. Si ita res esset, multo pulcherrumam eam nos haberemus, quippe sociorum atque ciuium, praeterea armorum atque equorum maior copia nobis quam illis est. Sed alia fuere quae illos magnos fecere, quae nobis nulla sunt, domi industria, foris iustum imperium, animus in consulendo liber neque delicto neque libidini obnoxius. Pro his nos habemus luxuriam atque auaritiam, publice egestatem, priuatim opulentiam. Laudamus diuitias, sequimur inertiam. Inter bonos et malos discrimen nullum, omnia uirtutis praemia ambitio possidet.

Salustio:

Conjuración de Catilina, 52, 19-23.

No penséis que nuestros antepasados hicieron a la república grande a partir de su pequeñez con las armas; si fuese así, nosotros la mantendríamos mucho más floreciente, ya que tenemos más aliados, más armas, caballos y ciudadanos que ellos. Fueron otras cosas las que los hicieron grandes, cosas de las que carecemos: el trabajo en casa, fuera un justo dominio, un espíritu librepensador sin sometimiento ni al delito ni al deseo. En vez de esto tenemos lujuria y avaricia, déficit de lo público y superávit de lo privado. Elogiamos las riquezas, buscamos la ociosidad. No hay diferencia entre buenos y malos, cualquier recompensa por el mérito está superada por la ambición.

Estamos en el siglo I a.C. Roma atraviesa una época muy difícil. El paro y las continuas discordias civiles han llevado a la población a la desesperación, al aniquilamiento del adversario político, a la corrupción, a la pérdida de los valores que hasta entonces la habían enaltecido, la habían llevado a ser la cabeza del orbe.

Salustio pone en boca del senador Porcio Catón esta realidad. Él mismo, sospechoso de corrupción en el ejercicio de un cargo público, ha evolucionado a épocas pretéritas ideológicamente.

La historia es cíclica. El hombre no aprende de sus errores. Sus miserias continúan minando el cultivo de las virtudes que guiaron su vida.

El discurso que encabeza este escrito podríamos situarlo en nuestra época, en boca de una persona de edad madura, generalmente, lamentando aquello de que “cualquier tiempo pasado fue mejor”.

No fue mejor, fue distinto pues llevamos muchos siglos haciendo estas mismas consideraciones. ¿Hemos mejorado? ¿Acaso Salustio mismo no vive también ahora? Pero la situación de Roma no es comparable a la vida actual, se podrá argumentar.

Entonces, ¿qué sucede para que nos hayamos establecido en los mismos vicios?

¿Qué diferencia hay entre este discurso del siglo I a.C. y el lamento generalizado de nuestra sociedad, veintiún siglos después? ¿Vamos en una sociedad que ondula alternativamente hacia el optimismo y el pesimismo? ¿Qué hay en común entre estos discursos tan distantes en el tiempo y afines en el contenido?

La condición humana es la misma, creo. El hombre es así con sus méritos y deméritos; la sociedad refleja también, y siempre, esta dualidad. ¿Somos buenos por naturaleza o algo nos ayuda a hacernos buenos?

El hilo que mueve nuestras vidas ¿no admite que se refuerce para que no se rompa? ¿Acaso el Destino es superior a nuestra inteligencia? Esta actitud de sumisión es, a mi parecer, lo que motiva que el hombre se incline a lo fácil, que al final termina siendo lo peor. ¿Cómo cambiamos esta sumisión?

La respuesta está en nuestra mente, en nuestra capacidad de libertad, en nuestra actitud de insumisión, en nuestra decisión de ser personas (personajes) en la representación teatral que mantenemos a lo largo de la vida. Nuestra máscara (persona) debe aislarnos de lo que nos rodea, mantenernos como cumplidores de un papel importante en la obra para la que hemos nacido.

Y aquí sí que debemos tener claro cuál es ese papel. Si nos alejamos de la justicia y nos adentramos en la avaricia y el afán de lujo; si nos alejamos de la disciplina, que es aprendizaje (*disciplina* < *discipulina* < *discipulus* – *disco*, aprender, el esfuerzo del discípulo para seguir al maestro, que requiere mucho trabajo y fortaleza moral.); de la parsimonia (*parsimonia* < *parcimonia* < *parco* – ahorrar, sentido del gasto equilibrado); del respeto a lo que nuestros mayores han ido forjando (*mores* – costumbre), nos habremos quitado la máscara que nos identifica, habremos ido perdiendo el papel de primer actor.

La máscara habrá degenerado en careta de carnaval, servirá para disimular nuestra apariencia, para que sirva de tapadera de nuestras fealdades, para evitar que se nos conozca, porque nuestra realidad nos asusta.

Salustio nos enseña en este discurso que no debemos olvidarnos de quiénes somos, que no debemos caer en la hipocresía, que no debemos salirnos de esa línea recta que debe ser nuestra vida. No vayas demasiado arriba ni caigas en la sima.

In medium virtus est. Lo demás es soberbia. Hipocresía y soberbia, *hipo* y *super* enfrentados, enemigos de lo recto. “Por debajo” y “por encima”.

No hay que buscar demasiados preceptos a la hora de convertirnos en actores, nuestra inteligencia nos los facilita. Nuestra inteligencia, que nos descubre qué es la libertad, nos aparta de la esclavitud de la torpeza, del actuar “como ahora es normal”, nos descubre que somos, que podemos ser siempre nosotros mismos quienes manipulemos los hilos de nuestra vida, no las Parcas, que no dejan de ser crueles y que se sintieron ofendidas cuando el hombre con su inteligencia las dejó en evidencia.

El hombre es la medida de todas las cosas. Habrá que pedir y desear, ahora como hace veintiún siglos, que las mediciones se hagan con el uso y práctica de las virtudes que he señalado antes. Constituyen, a mi parecer, el auténtico código ético que permanece inalterable a lo largo de la historia, adornado con las aportaciones de filósofos posteriores.

La moral está adjetivada con demasiada frecuencia, a veces arteramente para defender otros intereses.

La ética es más simple, más pura, no se deja infectar por influencias partidistas.

Tal vez habría que trasladar a nuestro vocabulario actual estas palabras latinas, que no han perdido actualidad ni sentido, sólo quedan como testimonio de lo constante, de la auténtica valía de la personalidad del hombre.